

Historia Moderna: Europa, África, Asia y América

MARINA ALFONSO MOLA
CARLOS MARTÍNEZ SHAW

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

HISTORIA MODERNA: EUROPA, ÁFRICA, ASIA Y AMÉRICA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid 2015

www.uned.es/publicaciones

© Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw

ISBN electrónico: 978-84-362-7059-4

Edición digital: julio de 2015

Las bases intelectuales del reformismo

1. Ilustración y reformismo
2. La renovación ideológica: razón, naturaleza, tolerancia y progreso
3. La difusión de las Luces: libros, periódicos, salones y clubs
4. Ilustración y Revolución

1. ILUSTRACIÓN Y REFORMISMO

La Ilustración es el concepto acuñado para definir el conjunto de las realizaciones intelectuales acometidas durante el siglo XVIII. El término hace referencia a la principal característica individualizada por los propios contemporáneos, la introducción de una serie de ideas nuevas que debían difundirse entre todos los hombres para conseguir el perfeccionamiento de la sociedad y de los individuos. Pasando al orden de la vida política, las Luces fueron la fuente de inspiración de la forma más avanzada del absolutismo, el Despotismo Ilustrado, de modo que sus ideas sirvieron de base intelectual para sustentar la actuación de los gobiernos reformistas del siglo XVIII. En ese sentido, por tanto, se ha podido decir que el Despotismo Ilustrado es el punto de encuentro entre la política y la filosofía, tal como esta disciplina fue concebida en el Setecientos.

La Ilustración es un fenómeno europeo, que, no obstante, alcanzó los ámbitos coloniales, propiciando la aparición de una Ilustración americana. La Ilustración reconstruye la vieja república humanista de las letras promoviendo el intercambio entre los intelectuales de las diversas naciones, del mismo modo que los artistas trabajan para clientelas muy alejadas de sus lugares de nacimiento o de formación y los filósofos se instalan en las cortes de los monarcas ilustrados, mientras que la multiplicación de los viajes formativos envía a los literatos y a los artistas a Italia, a los ingenieros y a los científicos a Inglaterra y a los curiosos y a los turistas a los lugares más diversos dentro y fuera de Europa. La Ilustración se define así como un movimiento internacional de espíritu cosmopolita, que traspasa las fronteras políticas y culturales para la elaboración de un patrimonio común al que contribuyen todos los países. «Italianos, ingleses, alemanes, españoles, polacos, rusos, suecos, portugueses, todos sois mis hermanos, todos mis amigos, todos igualmente valientes y virtuosos», proclamaba el publicista francés **Louis-Antoine Caraccioli**.

La Ilustración es, en definitiva, un movimiento intelectual europeo (con todas las variantes nacionales que se quieran), que difunde su confianza en la razón, en la naturaleza y en el progreso indefinido de la sociedad y asienta como nuevos valores la libertad, la paz, el cosmopolitismo y la felicidad en este

mundo para promover una nueva era de la historia de la humanidad. Sin embargo, la Ilustración no fue un movimiento uniforme, sino que conllevó resistencias y radicalismos, pero sobre todo se escindió finalmente entre aquellos que pensaban que su marco político debía ser siempre el Despotismo Ilustrado y su reformismo gradual y aquellos que creyeron que sólo la sustitución del absolutismo de derecho divino por un sistema basado en el pacto constitucional y en la garantía de las libertades podía hacer efectiva la utopía de las Luces. Por este camino, la Ilustración, hija del tardofeudalismo y hermana del reformismo, pudo convertirse en la madre de la Revolución.

2. LA RENOVACIÓN IDEOLÓGICA: RAZÓN, NATURALEZA, TOLERANCIA, PROGRESO

Una de las mayores aportaciones de la Ilustración al pensamiento moderno fue el lugar primordial otorgado a una serie de nociones como inspiradoras tanto de la creación intelectual como de la acción política. Una serie de nociones que significan la prolongación y ampliación del legado del Renacimiento dentro de un crisol laico y secularizado. La Ilustración fue así, entre otras cosas, un poderoso incentivo para la renovación ideológica. Renovación ideológica que no sólo afectó al mundo de la cultura, sino también al de la política, ya que los gobiernos ilustrados se vieron obligados a buscar una nueva cobertura ideológica para sus acciones: sus leyes ya no se promulgarán atendiendo a la defensa de la religión o la salvación de las almas (como en siglos anteriores), sino fundamentalmente a la «felicidad de todos los súbditos».

La principal de estas ideas llenas de virtualidad era la razón. Si el pensamiento racionalista ya había conquistado a las mejores mentes del siglo anterior, inspirando los trabajos de filósofos, científicos y tratadistas políticos, ahora la razón no sólo debe presidir cualquier tarea intelectual, sino que se convierte en el instrumento indispensable para dominar el mundo, en el criterio seguro para mejorar la sociedad, en la regla de oro para orientar al legislador e incluso en la piedra de toque para validar los comportamientos humanos, que serán buenos en la medida en que sean razonables. La razón es el arma fundamental de los *philosophes* para ejercer su labor crítica, que ahora supera los límites cartesianos y no deja al margen ni al sistema político ni a la fe religiosa. Todas las actividades del hombre deben estar sometidas al imperio de la razón, que pasa a ser el argumento supremo del debate ideológico. De este modo, la Ilustración reavivaba la llama sagrada del humanismo y del proceso de secularización, que había constituido la línea mayor del progreso espiritual europeo a lo largo de los tiempos modernos. Un progreso que los ilustrados, llevados de su proverbial

optimismo histórico, concebían a la vez como moral, intelectual, material, social y político, siempre de carácter indefinido.

El racionalismo, amparándose en la autonomía de la razón en relación a la fe, la revelación o a la autoridad basada en la tradición, avanzó hacia un ideal individualista y laico y abanderó una cruzada revisionista en el sentido de hacer pasar por el tamiz de la razón todas las ideas y costumbres tradicionales, aboliendo toda fuente de conocimiento contrapuesta a la razón, con el fin práctico de disipar las tinieblas del fanatismo y la ignorancia y allanar el camino para que la humanidad pudiese acceder a una era de felicidad. Estos principios se plasmaron en la elaboración de una filosofía al margen de la metafísica, una política que negaba el origen divino de los reyes, una religión sin misterios y una moral sin dogmas. Asimismo, la comprensión filosófica se puso al servicio de la comprensión científica, generándose una confianza ciega (y en cierto modo ingenua) en la ciencia, paradigma del progreso indefinido del hombre y de la aplicación práctica de la razón en el dominio de la naturaleza.

Así, en el campo de la filosofía, las aportaciones fundamentales del pensamiento dieciochesco fueron el racionalismo y el empirismo. En Gran Bretaña, la propuesta más claramente ilustrada se encuentra en el filósofo empirista **David Hume**, quien en sus dos obras fundamentales (*Treatise of Human Nature*, de 1739, y *Enquiry concerning the human Understanding*, de 1748) concluyó que todo conocimiento procede de la experiencia con exclusión de aquello que se encuentra más allá de las percepciones sensibles. Se mostró crítico con los principios tradicionales en la explicación de la realidad (entre ellos, el de causalidad), debido a que no son perceptibles ni tienen su origen en la realidad experimental, de donde su intento de reducirlos a una mera ley psicológica de asociación, que el hábito y la repetición van reforzando progresivamente. La sustancia, material o espiritual, no existe: los cuerpos no son más que grupos de sensaciones y el yo no es sino una colección de estados de conciencia. De ahí derivan un fenomenismo y un agnosticismo absolutos.

Los filósofos franceses, por su parte, confiaron en las facultades de la inteligencia humana para descubrir las leyes de la naturaleza por medio de la observación y de la razón. Dentro del grupo, **Étienne Bonnot de Condillac** desarrolló una epistemología sensualista en su *Traité des sensations* (1754), donde no admite más que un solo origen del conocimiento, la sensación, que transformándose en formas más complicadas explica los demás componentes del proceso cognoscitivo (memoria, atención, reflexión, juicio y razonamiento). Estas ideas serían llevadas al extremo por **Claude-Adrien Helvétius**, quien en sus dos obras principales (*De l'Esprit*, 1758, y *De l'Homme, de ses facultés et de son éducation*, publicada póstumamente, 1772) defiende la exclusiva existencia de los objetos materiales, por lo que, en consecuencia, las ideas resultan de las

sensaciones que aquellos provocan. Finalmente, en la misma tendencia se inscribe **Paul Henri Dietrich barón d'Holbach**, que en su obra capital, *Systeme de la Nature* (1770), expone su doctrina materialista y mecanicista, según la cual la naturaleza material es la causa primera de todo lo real y existe desde toda la eternidad, sin haber sido nunca creada, mientras el hombre mismo es una parte de la naturaleza, sometido al determinismo universal.

El pensamiento inglés y francés ejerció su influjo en los filósofos racionalistas alemanes, como **Christian von Wolff**, prototipo de la Ilustración por su confianza plena en la razón, la virtud, la felicidad y el progreso, en su obra *Vernünfftge Gedanke* (1712). Sin embargo, en la segunda mitad de la centuria se abrió paso la prominente figura de **Inmanuel Kant** (1724-1804), que va a representar el punto de convergencia y, a la vez, de superación de las dos tendencias dominantes en el siglo XVIII. La rectificación que Kant hace al empirismo (en su *Kritik der reinem Vernunft*, 1781) consiste en establecer que, aunque los datos vienen de la experiencia, la síntesis procede de un *a priori* que pone el sujeto, que ordena el material empírico de acuerdo a unas categorías mentales propias de su espíritu (espacio, tiempo, causalidad). Del mismo modo, en su *Kritik der praktischem Vernunft* (1788), funda la ley moral en una experiencia que está en la base del ser humano, en una experiencia ontológica a la que denomina «imperativo categórico». En conclusión, puede decirse que a partir de Kant, que culmina y a la vez trasciende el pensamiento ilustrado, comienza una nueva etapa en la historia de la filosofía.

Ahora bien, en los ilustrados la razón se inspira a su vez en la naturaleza, de tal modo que lo razonable es por antonomasia lo natural. También aquí las Luces recogen otra tradición del siglo anterior, la que había propugnado que la religión o el derecho debían ajustarse a las leyes de la naturaleza, que había imprimido en los hombres los caminos de su conducta individual y social. La naturaleza permitía el adelantamiento de la economía según propugnaba la fisiocracia, constituía la base de la sociabilidad y por tanto de la organización política y fundamentaba la moral y la religión. En ese sentido, la religión natural primaba sobre la revelada, la ley natural primaba sobre la positiva y, en general, lo natural se establecía por encima de lo sobrenatural.

La razón y la naturaleza conducían a la noción de libertad. Las doctrinas del derecho natural y del pacto social mostraban la libertad como una cualidad intrínseca del hombre, que no había hecho dejación de ese atributo sino que había establecido un contrato sólo para alcanzar un estadio superior en la organización de la convivencia. La libertad se ejercía en el terreno de la conciencia, de la actividad intelectual, de la producción cultural (que debía rechazar todo tipo de censura), de la disposición de los bienes espirituales y materiales. La proclamación de la libertad llevaba aparejada la identificación de su

principal enemigo, el «feudalismo», que adoptaba la figura del dogmatismo religioso, el mercantilismo económico y el despotismo político. Estos eran los rostros del tiránico «infame» contra el que se dirigían los dardos de Voltaire.

Las anteriores nociones implicaban el triunfo de la secularización y la laicización en el pensamiento europeo. A partir de ahora los intelectuales ponen en circulación una serie de valores que enfatizan los fines inmanentes frente a los trascendentes, los alimentos terrestres frente a los celestiales. El mundo pierde su aspecto de valle de lágrimas, al mismo ritmo que el hombre empieza a preocuparse más por el bienestar terrenal que por la gloria eterna. Y los *philosophes* reclaman el bienestar material como objetivo del legislador, la utilidad como justificación de la tarea intelectual, la paz como aspiración suprema de la sociedad. Si las sociedades patrióticas piensan que nada es hermoso sino lo útil, si **Immanuel Kant** somete a la consideración de todos su proyecto de paz perpetua (*Zum ewigen Frieden, ein philosophischer Entwurf*, 1795), la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano* (1793) establecerá que «el fin de la sociedad es la felicidad común».

Si la paz es una aspiración suprema del ser humano, los intelectuales del siglo XVIII tenían bajo sus ojos como contraste la terrible realidad de las continuas guerras de los siglos XVI y XVII, que no podían sino atribuirse en su mayor parte a la intolerancia religiosa de que hacían gala las diferentes confesiones cristianas. De ahí que una de las bases del pensamiento ilustrado fuera justamente el de establecer la tolerancia como uno de los valores que debían sostener una sociedad verdaderamente civilizada, pues la práctica de esta virtud era «el único remedio para los desórdenes del género humano», al decir de Voltaire.

La tolerancia religiosa (y, como consecuencia, la tolerancia civil) fue abriéndose camino gracias a la corriente de pensamiento alumbrada durante «la crisis de la conciencia europea», gracias a la obra de autores como **Spinoza**, **Locke** o **Bayle**. Posteriormente, el clima dieciochesco de relativismo, de crítica a las creencias religiosas, de debelación de la superstición y el fanatismo, sería una contribución decisiva a la difusión del concepto de la multiplicidad de las opciones de los hombres en materia religiosa y del respeto que merecían todas las opiniones frente a la cerrazón de las iglesias, que condenaban sin piedad a aquellos que no se conformaban a su credo, a sus dogmas, a sus misterios, considerados como componentes esenciales de una verdad única.

En este sentido, si la palabra de tolerancia es una voz recurrente a lo largo de todo el siglo XVIII, quizás sea el filósofo francés **François Marie Arouet**, llamado **Voltaire**, quien la defendiera con más fuerza, en la consideración de que la caridad cristiana es incompatible con la persecución religiosa (que no pocas veces acaba en el suplicio, el cadalso o la hoguera), en la definición del término en su *Dictionnaire philosophique* (1764) y, sobre todo, en su escrito mo-

nográfico sobre la materia, su famoso *Traité sur la Tolérance* (1763), escrito «con ocasión de la muerte de Jean Calas», un negociante hugonote acusado del asesinato de su propio hijo para impedirle su deseada conversión al catolicismo. En su poderoso alegato, **Voltaire** dejará algunos de los mejores argumentos a favor de la tolerancia universal:

No hace falta un gran arte, una elocuencia rebuscada, para probar que los cristianos deben tolerarse unos a otros. Voy más lejos: os digo que hay que ver a todos los hombres como nuestros hermanos. ¿Cómo? ¿El turco, mi hermano? ¿El chino, mi hermano? ¿El judío? ¿El siamés? Sí, sin ningún género de duda: ¿no somos todos hijos del mismo padre y criaturas del mismo Dios?.

El siglo de la Ilustración fue un siglo optimista, hasta tal punto que llegó a concebir la idea del progreso indefinido. El primer pensador en teorizar la noción de progreso fue quizá el napolitano **Giambattista Vico**, especialmente en su obra magna, *Scienza nuova* (sucesivas ediciones en 1725, 1730, 1744). El autor encuentra el principio del cambio en el seno de las sociedades humanas en una sucesión de ciclos que se abren y se cierran (*corsi* y *ricorsi*, que señalan un proceso de nacimiento y decadencia de las civilizaciones), pero siempre dando paso a un nuevo ciclo situado en un nivel superior de la evolución, que no tenía por que ser lineal sino que estaba sometida a posibles regresiones previstas también por leyes establecidas. De este modo, el curso de la historia no sólo hallaba su motor interno, sino que su flujo se orientaba hacia un horizonte de progreso indefinido.

La idea de progreso se abrió camino entre la mayoría de los pensadores que se ocuparon del tema de la evolución histórica de las sociedades. Así **Johann Gottfried Herder** le dedicó dos importantes escritos: *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (1784-1791), que contiene una teoría de los procesos históricos, y sobre todo, para lo que aquí nos interesa, *Briefe zur Beförderung der Humanität* (1793-1797), donde manifiesta su convicción en el perfeccionamiento ininterrumpido de la sociedad. Del mismo modo, **Lorenzo Hervás y Panduro**, en su *Historia de la vida del hombre* (1789-1799), analiza la idea de progreso desde el punto de vista de las ciencias naturales, las ciencias morales y las ciencias políticas. Por su parte, **Gotthold Ephraim Lessing** se mostró igualmente persuadido del constante progreso moral de la humanidad a través de la educación en su obra *Die Erziehung des Menschengeschlechts* (1790).

Sin embargo, la exposición más completa del concepto se debe a **Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet**, autor de un *Esquisse d'un tableau historique du progrès de l'esprit humain* (1794), escrito mientras estaba detenido por los radicales jacobinos acusado de colaborar con los revolucionarios moderados y poco antes de su muerte, en una patética afirmación de confianza en el futuro

colectivo al margen de su destino individual. En este monumento del optimismo ilustrado, Condorcet concibe la historia como una permanente marcha hacia superiores cotas de perfeccionamiento de todas las dimensiones del hombre. La humanidad se halla abocada al progreso material (apoyado en la ciencia, que permite el creciente dominio sobre la naturaleza), al progreso intelectual (puesto que el saber se acumula y se transmite) y especialmente al progreso social y político, concebido como la conquista de la igualdad entre todos los hombres y todos los pueblos.

3. LA DIFUSIÓN DE LAS LUCES: LIBROS, PERIÓDICOS, SALONES Y CLUBS

La Ilustración necesitó, como había ocurrido con el Humanismo en el siglo XVI o con la Revolución Científica en el siglo XVII, de unas instituciones y de unos mecanismos de difusión para que sus ideas llegaran a ser patrimonio de un público más amplio que el de los meros especialistas en las distintas disciplinas. Entre las instituciones destacaron instrumentos ya existentes en los países más avanzados y creados en los más atrasados por la política reformista del Despotismo Ilustrado: las academias, las nuevas universidades y los centros de investigación y de enseñanza superior que caracterizaron la cultura de la época. A otro nivel, fuera del marco institucional, la época favoreció la lectura (práctica a su vez potenciada por el progreso de la alfabetización y de la educación), generalizó el uso de la prensa periódica y multiplicó las tertulias, creando nuevos espacios para la conversación culta y elegante, como los salones, los clubs y los cafés, llegando incluso a hacer del paseo una ocasión para el intercambio de ideas gracias al concepto del *polite walking*.

El acceso a los libros durante la Ilustración va unido a la alfabetización, una mutación a nivel europeo, que no se produce de forma generalizada. Las Luces, en efecto, muestran un dimorfismo geográfico, social y por edad y sexo. Así, su expansión no es simultánea en toda Europa, sino que avanza de oeste a este, y va desde las élites a los nuevos alfabetizados, viéndose los hombres favorecidos sobre las mujeres y las edades infantiles sobre los adultos. Pese a que el fenómeno es extensible a toda Europa el nivel de alfabetización no es homogéneo, sino que se pueden distinguir tres Europas: la del Norte, con unos índices de alfabetización muy superiores (85% en los Países Bajos, 71% en el norte de Francia, 61% en Bélgica y 60% en Inglaterra) a los de la Europa del Sur (27% en el sur de Francia, España o Italia) y, sobre todo a los de la Europa Central y del Este (15% Hungría).

Pierre Chaunu concluye en que el *stock* de lectura se multiplicó por diez en Europa y que esa variable constituye el verdadero indicador de la vitalidad de

las Luces. Aunque se debe dejar constancia de la persistencia de la oralización obligada entre los lectores más populares y menos letrados hasta el siglo XIX (incluso hasta el XX), es un hecho constatable que en el siglo XVIII son más numerosos los que poseen libros y más numerosos también los libros que poseen. El éxito mayor, no obstante, es que la progresión se muestra particularmente sensible en los escalones más bajos de la jerarquía de lectores, pudiéndose mostrar que comerciantes, tenderos, artesanos y asalariados, e incluso campesinos, se han familiarizado progresivamente con el libro y, sobre todo, con las hojas volanderas, los relatos de cordel.

La creación literaria, obviamente, participa de los principios propios de la cultura de la Ilustración: racionalismo, moralismo, realismo y didactismo. Si bien en la primera mitad de la centuria se acusa la pervivencia de rasgos barrocos, se fue progresando hacia el clasicismo, desde el punto de vista formal. En este sentido, tanto **Ludovico Antonio Muratori** en Italia (*Della perfetta poesia italiana*, 1706), como **Ignacio Luzán** en España (*Poética*, 1737), intentaron construir una nueva teoría estética basada en principios racionalistas. A partir de ahí se ha formulado la pregunta de si el siglo XVIII fue un siglo sin poesía, pero la respuesta sería negativa, puesto que la literatura setecentista no fue ajena al lirismo cuando se trató de ensalzar los sentimientos o el paisaje e incluso la historia y la libertad.

En el campo de la creación dramática, si la influencia de las teorías clasicistas francesas es perceptible en los italianos **Pietro Metastasio** y **Vittorio Alfieri**, precisamente en Francia se produce una renovación del género de la mano de autores como **Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux** y, sobre todo, **Pierre Augustin Caron de Beaumarchais**, cuya obra capital, *Le mariage de Figaro* (1784), es una comedia satírica considerada como precursora de la Revolución y aplaudida por los mismos nobles a quienes atacaba. La comedia de salón se desarrolla por diversos ámbitos de la geografía europea, alcanzando su culminación con el veneciano **Carlo Goldoni**, autor de obras tan divulgadas como *La locandiera* (1753). En España destacan con luz propia las soberbias comedias de costumbres de **Leandro Fernández de Moratín**, *La comedia nueva o El café* (1792) y *El sí de las niñas* (1806), un alegato feminista en pro del derecho a seguir los dictados del corazón sin doblegarse a la imposición de la elección paterna.

Sin embargo, el siglo XVIII es literariamente hablando el siglo de la narrativa. Aquí se suceden los autores y los títulos emblemáticos, principiando con las obras reflexivas y críticas (y luego populares) de **Daniel Defoe** (*Robinson Crusoe*, 1719) y **Jonathan Swift** (*Gulliver's travels*, 1726). Al mismo tiempo se abren camino los novelistas sentimentales, como el abate **Antoine François Prévost** (*L'Histoire du chevalier Des Grieux et de Manon Lescaut*, 1733) o **Samuel Richardson** (*Pamela or virtue rewarded*, 1740, y *Clarissa Harlowe*, 1747-1748),

que dejan paso a *La nouvelle Héloïse* (1762) del *philosophe* Jean-Jacques Rousseau. Es el camino a la novela erótica de John Cleland (*Fanny Hill*, 1749) y de Pierre Choderlos de Laclos (*Les liaisons dangereuses*, 1782) y a la novelística extremadamente libertina del marqués de Sade (*Justine ou les malheurs de la vertu*, 1791). La novela realista está representada por el afable Oliver Goldsmith (*The Vicar of Wakefield*, 1766), mientras la narrativa picaresca deja ya una primera cumbre con *The fortunes and misfortunes of the famous Moll Flanders* (1722) del citado Daniel Defoe, aunque el máximo exponente del género es Henry Fielding (*Tom Jones or The history of a foundling*, 1749). La nómina se cierra con el genial e inclasificable Lawrence Sterne, autor de la magistral *The life and opinions of Tristram Shandy, gentleman*, 1759-1767.

A finales de siglo surgió entre los europeos, como reacción al racionalismo literario y artístico, un movimiento prerromántico caracterizado por la fascinación por la Edad Media (el castillo y el monasterio), por la búsqueda de la expresión del sentimiento, de la nostalgia, del misterio de la noche o de los parajes desolados y que varía el enfoque del interés científico a lo paracientífico del ocultismo, la alquimia y la magia. En el plano de la literatura, Inglaterra inventó un género característico de la nueva sensibilidad, la llamada «novela gótica», en la que se unen el gusto por lo sobrenatural, lo macabro y lo terrorífico con la fascinación producida por una Edad Media idealizada, mientras el entusiasmo por las edades oscuras alcanza su máxima expresión en los llamados poemas de Ossian (*The Works of Ossian*), presentados como traducción inglesa de unos textos primitivos en gaélico, atribuidos a un inexistente bardo céltico por el poeta escocés James Macpherson, como excusa para recrear una época remota y bárbara, escenario de épicas batallas y trágicos amores. En Alemania, el movimiento del *Sturm und Drang*, que se caracterizó por una valoración del sentimiento contra las convenciones políticas, religiosas y sociales, tuvo a sus máximos representantes en Johann Wolfgang Goethe, autor de la novela *Die Leiden des jungen Werthers* (1774) y del drama *Faust* (1808 y segunda parte, póstuma, en 1832), y en Friedrich von Schiller, autor de combativas obras para el teatro, entre las que destacan *Die Räuber* (1781) y *Dom Karlos, Infant von Spanien* (1787), brillantes plasmaciones ambas del espíritu de rebelión y de libertad que se erigía en heraldo de una nueva época.

La prensa no fue un invento de la Ilustración, pero conoció un extraordinario auge en el siglo XVIII. El periodismo moderno se inaugura en Inglaterra a principios del Setecientos: *The English Courant* (1702) es el primer diario del planeta, *The Guardian* y *The Englishmen* (ambos de 1713) serán los periódicos del debate político, mientras que el más famoso de todos ellos, el diario *The Spectator* (1711), fundado y animado por Joseph Addison y por Richard Steele (responsable igualmente de los dos anteriores), será un órgano misceláneo

dedicado entre otros muchos temas a la literatura y la crítica social, con tanto éxito que se convertirá en el modelo a imitar en toda la Europa de las Luces.

A partir de estos primeros años, la prensa se difundirá de modo gradual por todo el continente, comúnmente bajo la forma del periódico de información general, costumbrista y literaria, antes de la aparición de una prensa especializada sólo en un ramo del saber, de la información o del debate público. En efecto, en esta segunda fase, a partir de mediados de siglo, una parte de la prensa se dedica a cuestiones económicas (*Journal économique*, 1751; *Correo Mercantil de España y sus Indias*, 1792), a temáticas científicas (*Observations sur la physique*, 1752) o incluso a los asuntos específicamente femeninos (*Journal des dames*, 1759).

La venta y lectura de periódicos y diarios se expandirá por las grandes ciudades, especialmente en los círculos de la nueva sociabilidad, como los salones, los clubs y, sobre todo, los cafés, donde su presencia se hace habitual y casi obligada. Pronto aparecerán normativas regulando la prensa, y la censura, tanto civil como eclesiástica, ejercerá un control sobre la misma, que terminará a veces en procesos y suspensiones. Sin embargo, a finales de siglo, el nuevo medio está ampliamente consolidado en todos los países, desde los pioneros como Holanda o Inglaterra hasta los más rezagados como Italia (*Il Café*, 1774, su primer periódico literario) o Alemania (donde florecen las publicaciones de este tipo, como las *Frankfurter Gelehrte Anzeigen* de 1772, el *Teutscher Merkur* de 1773 o el *Deutsches Museum* de 1776), mientras Francia edita su primer diario, *Le Journal de Paris*, en 1777.

El periodismo fue un gran difusor de noticias y de ideas y un gran foro para el debate, contribuyendo a la formación de una incipiente opinión pública. Sin embargo, su moderado ritmo de implantación, así como la breve duración de muchas de las publicaciones y la modestia de las tiradas, harán, por un lado, que su influencia sólo sea realmente considerable en las décadas finales de la centuria y, por otro, que vaya a la par de otros medios de comunicación y de transmisión de los grandes debates a los que igualmente sirven de cajas de resonancia, como son las enciclopedias, los panfletos, el teatro e incluso la novela.

En el siglo XVIII, la vida de relación se hizo más fácil, a partir de una mayor sencillez al recibir a los amigos. Las reuniones se prodigaban, tanto públicas en el paseo o en el café, como domésticas, con la finalidad de disfrutar de la buena conversación, de los juegos de salón (billar, ajedrez, naipes, gallina ciega) o de las actividades artísticas (música, teatro), todo ello acompañado de refrigerios (refrescos, leche de almendras, limonada, sorbetes, ponche, café, chocolate o té) y cerrado frecuentemente por el baile del minué o la contradanza.

Por otra parte, proliferaron las reuniones para conversar como manifestación de la sociabilidad de hombres y mujeres. Desde los albores de la centuria hasta

la Revolución, los salones parisinos fueron el polo de atracción de las gentes de letras, los aristócratas instruidos y los extranjeros cultivados, formando parte de la vida intelectual y social de Francia. Entre los salones más conocidos deben destacarse los de **Madame de Lambert** (Anne-Thérèse de Marguenat de Courcelles, entre 1710 y 1733), **Madame de Tencin** (Claudine-Alexandrine Guérin de Tencin, quien comenzó a recibir en 1726) y la **marquesa du Deffand** (Marie de Vichy-Chamrond, 1740-1780), así como también, entre los más burgueses, los de **Madame Geoffrin** (Marie-Thérèse Rodet Geoffrin, de larga vida, 1750-1777) y **Mademoiselle Julie de Lespinasse** (abierto entre 1766 y 1776 y por el que fue llamada la musa de la *Enciclopedia*).

En los países latinos los salones se introdujeron más tímidamente y generalmente fueron los extranjeros los encargados de llevar la novedad. Así, **Madame d'Albany** fue la primera en abrir un salón en Florencia. En Madrid, a mediados de siglo, la **marquesa de Sarría** presidía la Academia del Buen Gusto, mientras la **condesa de Benavente** y la **duquesa de Alba** patrocinaban sendos salones al gusto francés y la **condesa de Montijo** convertía el suyo en uno de los círculos del «jansenismo» español.

En Inglaterra el papel de los salones fue asumido por los clubs (cuyo origen parece remontarse al siglo XV) multiplicados prodigiosamente en el siglo XVIII. Sus reglas difieren de los salones: la sede se ubica en un lugar público (taberna o café) y están integrados por socios exclusivamente masculinos, cuya admisión deciden los propios miembros con arreglo a criterios de igualdad social y cultural. En ocasiones iban más allá de la mera sociabilidad, como en el caso del *Scriblerus Club* fundado en 1714, del que eran miembros asiduos **Jonathan Swift** y el poeta **Alexander Pope**.

De carácter más público y menos exclusivo que los salones y los clubs era el *café littéraire*, que empezó a desempeñar por doquier su papel como punto de encuentro de los *philosophes* y se convirtió en el trasfondo de determinadas sociedades literarias. Pero aún más, el *café* se consolidó como lugar de encuentro para la creciente sociabilidad dieciochesca y se puede considerar como un signo de los tiempos de las Luces: el café, bebida juzgada estimulante para el cuerpo tanto como para el espíritu, marcó poco a poco el triunfo del refinamiento y la elegancia. Los cafés se fueron instalando en los barrios más animados de la capital francesa (mercado de Saint-Germain, alamedas del Luxembourg, jardines del Palacio Real y calles Bucí o Saint-Honoré). El más célebre fue abierto en la calle Fossés-Saint-Germain (1686) por el palermitano **Francesco Procopio Coltelli**: el *Procope* se convirtió pronto en el lugar de cita de los desocupados, de los charlatanes, de las gentes del espectáculo, de los literatos, de los buenos conversadores, de los hombres ingeniosos y de las mujeres elegantes, todos los cuales pasaban horas sentados frente a mesas de mármol

ante tazas de café, té o chocolate, acompañadas por licores y frutas confitadas en un ambiente refinado ya que el establecimiento lucía espejos y tapices en las paredes y arañas en el techo. La misma moda se impuso en Inglaterra, Alemania, Italia, Portugal y España, países en los que el café fue uno de esos lugares en los que reinó, en medio de la ociosidad, el espíritu de la conversación propicio a los debates ideológicos, convirtiéndose por ese camino en uno de los ámbitos de difusión del pensamiento ilustrado en el momento en que sus puertas estuvieron abiertas a los artistas y a los intelectuales.

4. ILUSTRACIÓN Y REVOLUCIÓN

Al comenzar el siglo la diferencia de la Gran Bretaña con el continente se proyecta a nivel político, social y económico. Después de la «Revolución Gloriosa» (1688), la burguesía británica ha logrado imponer un compromiso político y social a la aristocracia que le permitirá el libre desarrollo de la economía capitalista a lo largo del siglo. Locke se convierte en el filósofo de la revolución inglesa: el estado debe incluir la propiedad entre los derechos naturales del hombre y crear las condiciones favorables para la libre actividad del empresario, los hombres poseen derechos naturales, como la libertad civil y la propiedad, a los cuales no renunciaron cuando abandonaron el estado natural originario para constituirse en sociedad.

El panorama que ofrece la sociedad continental, más concretamente la francesa, difiere del modelo británico. Por un lado, durante el siglo XVIII se observa una corriente tendente a revitalizar los derechos de las clases privilegiadas (nobleza y clero) y la sociedad estamental parece consolidarse. Sin embargo, al mismo tiempo la burguesía, en pleno ascenso económico y también político y cultural, empieza a reivindicar en Francia la igualdad de derechos y a manifestarse contra los privilegios y exenciones de la aristocracia. Los filósofos ilustrados, de extracción burguesa, asumen la defensa de los intereses burgueses: igualdad política y libertad económica. La nueva ideología ataca los pilares del Antiguo Régimen: el Trono y el Altar, el Estado y la Iglesia. La difusión de las nuevas ideas por medio de escritos (prensa, libros, folletos), junto con el creciente auge de la producción económica y, por consiguiente, la elevación del nivel de vida, contribuye a crear el ambiente propicio para derrumbar el Antiguo Régimen. La alianza con el pueblo dará el triunfo a la revolución liberal burguesa.

Por este camino, la propuesta del absolutismo ilustrado de utilizar la *philosophie* como aparato ideológico para justificar la perpetuación de las viejas estructuras de la constitución política y de la estratificación tradicional pudo mantenerse sólo mientras la expansión económica del siglo XVIII supo incorpo-

rar al conjunto de las clases sociales a los beneficios materiales que se consideraban inherentes al sistema, que supo proclamar que el equilibrio conseguido resultaba ser un bien (en mayor o menor medida, siempre «según la condición de cada cual») para toda la población. La erosión del sistema, aquejado de muchas carencias funcionales, se hizo perceptible a un doble nivel cuando la bonanza económica puso en evidencia sus límites. Por un lado, la falta de transformación profunda de las estructuras producía crisis periódicas que suscitaban el descontento de los grupos más vulnerables, lo que generaba rechazos al sistema que resultaban puntuales, que normalmente eran fáciles de acallar, pero que en una coyuntura determinada podían ponerse al servicio de una contestación de fondo. Y, por otro lado, la expansión económica parece encontrar un límite a fines del siglo, lo que provoca una frustración precisamente entre los mayores beneficiarios de la misma, que reclaman a la vez un cambio en los roles sociales y una participación activa en la vida política. En ese momento se ha formado un extramuros liberal que ya se siente constreñido por las murallas del absolutismo ilustrado. Es el momento en que un «hecho de masas» (por emplear la terminología de Ernest Labrousse), un suceso inopinado, abre las compuertas a las insatisfacciones de una parte considerable de la sociedad. Es el momento en que el Despotismo Ilustrado se ve desbordado por la Revolución.